

# Bibliotecas escolares: la asignatura pendiente

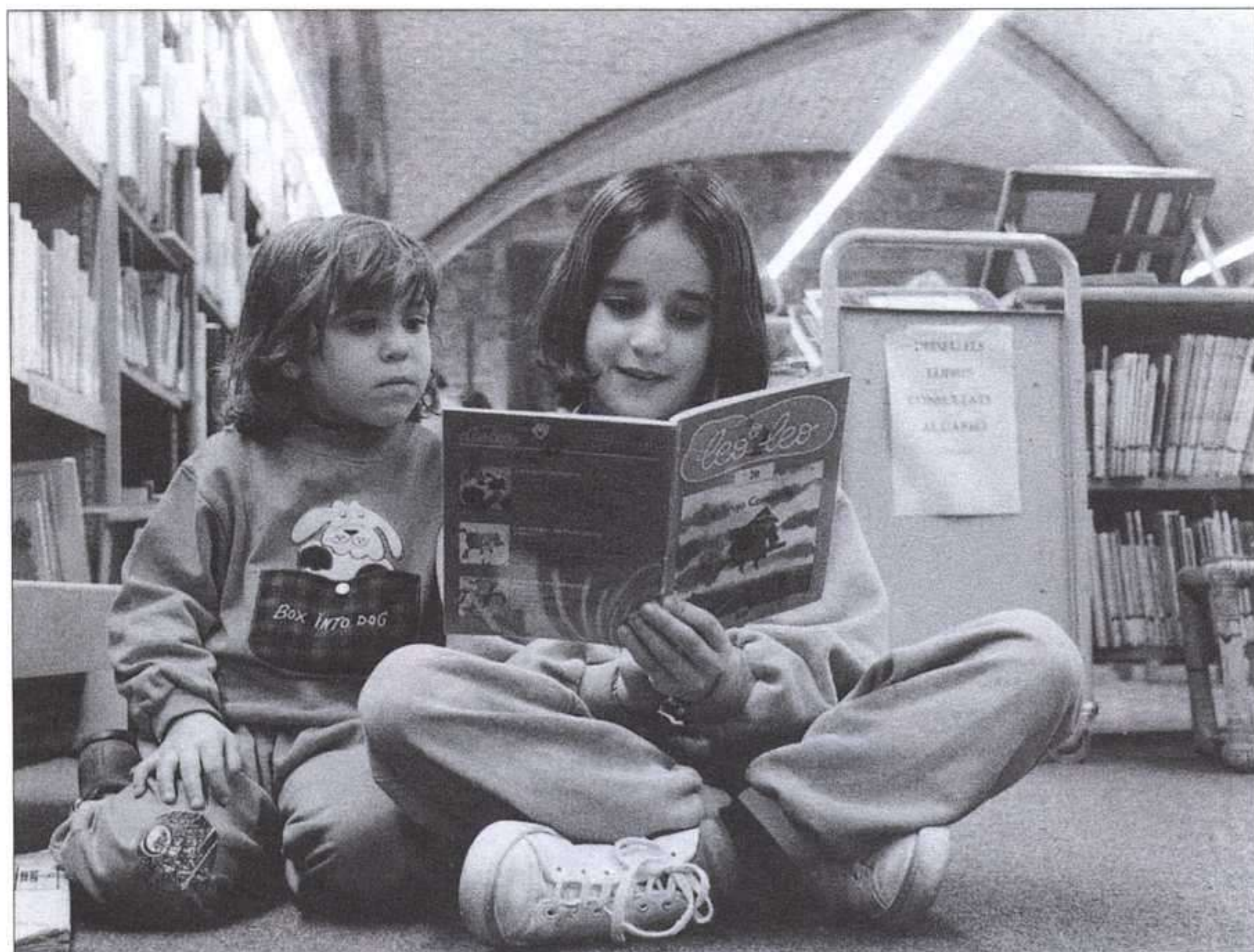
por José Luis Polanco\*

*«La biblioteca escolar no encuentra en los documentos de la reforma el relieve que se merece».*

*Este es el argumento de partida de este artículo, en el que el autor, maestro de profesión, propone una serie de medidas de urgencia para sacar a las bibliotecas escolares de su situación de marginalidad. Crear bibliotecas dignas y bien dotadas en todos los centros escolares, establecer horarios adecuados de atención al usuario, poner al frente de este servicio a personal —preferentemente, profesores— con formación específica son algunas de estas medidas que el MEC debería poner ya en marcha.*



ANA PEYRÍ



ANA PEYRÉ

**D**e pronto, el señor Fridriksson preguntó a mi tío por el resultado de sus investigaciones en la biblioteca.

—¡Su biblioteca! —exclamó este último—. No tiene más que libros descabalados en estantes casi desiertos.

—¿Cómo! —respondió el señor Fridriksson—. Poseemos ocho mil volúmenes, de los cuales muchos son apreciables y raros, obras en vieja lengua escandinava, y todas las novedades de que nos surte Copenhague cada año.

—¿De dónde saca esos ocho mil volúmenes? Por lo que he visto...

—Oh, señor Lidenbrock, recorren el país. ¡En nuestra vieja isla de hielo nos gusta estudiar! No existe un solo granjero ni un pescador que no sepa leer y que no lea. Pensamos que los libros, en lugar de enmohecerse tras una reja de hierro lejos de las miradas curiosas, están destinados a desgastarse bajo los ojos de los lectores. Así pues, esos volúmenes pasan de mano en mano, hojeados, leídos y releídos, y con frecuencia sólo vuelven a su estantería tras un año o dos de ausencia.»

Los amantes de los libros habrán reconocido en estas líneas al profesor Lidenbrock en la fascinante aventura en la que, acompañado por su sobrino Axel, desciende a las entrañas del planeta. *Viaje al centro de la Tierra*, uno de los mejores libros de Julio Verne, cuya lectura nos produce la misma mezcla de escalofrío y fascinación que nos suelen producir nuestras propias pesadillas.

Pero no era de este libro de lo que quería escribir en esta ocasión, sino de bibliotecas; y, en especial, de la situación de las bibliotecas escolares. Porque más de cien años después de la anécdota que nos cuenta Verne en su libro, ¿podemos afirmar que acontece por estas latitudes algo parecido a lo que sucedía en la biblioteca islandesa del señor Fridriksson?

Rotundamente, no. En las puertas del siglo XXI, la situación aquí es bien distinta. Las cifras sobre hábitos de lectura y difusión de libros dibujan un panorama sin libros y sin lectores. No hay más que observar los datos sobre el número de familias que tienen libros en casa; el porcentaje de personas que declara haber

leído libros a lo largo del año; o el número de personas que afirma no leer nunca. Un dato parece bastante claro: leen más los niños que los mayores; y, a medida que aumenta la edad, disminuye de manera sensible el número de lectores.

Llegamos así a una conclusión preocupante, especialmente para quienes trabajamos en el campo de la enseñanza: después de más de ocho años de escolarización —en un porcentaje muy elevado— la escuela y el instituto no han sido capaces de conseguir que niños y jóvenes afirmen de manera irreversible el hábito de la lectura. En cuanto abandonan las aulas, un elevado número de nuestros alumnos aparcan los libros. Desgraciadamente, este fracaso no es sino el síntoma de otro fracaso más importante del sistema escolar: su incapacidad para enseñar a pensar.

«...ante todo es necesario que nuestras gentes del campo se instruyan.» —continúa diciendo el señor Fridriksson al profesor Lidenbrock—. Le repito que el amor al estudio está en la sangre islandesa».

Evidentemente, no es nuestro caso. Aquí predomina la cultura de la *litrona*, y el ritual dominguero del *bocata* y los goles en el estadio. La más excitante aventura de la mente la experimentan los jóvenes en la ruta semanal del *bakalao*. De nuestras empresas intelectuales más arriesgadas son buena muestra programas televisivos como *El semáforo*, *Su media naranja*, *Lo que necesitas es amor*.

Siguiendo un itinerario ascendente, cuyos horizontes somos incapaces de vislumbrar, hemos llegado a encumbrar a adivinos y astrólogos; a convertir en referentes culturales a personajes como Chiquito de la Calzada o Rappel; y, lo que es peor, a incubar la intolerancia más cerril, la violencia cotidiana y el odio al extranjero.

Desdeñamos la palabra, la reflexión, el silencio, el contacto humano; mientras ganan terreno el impropio y la descalificación del otro; y encubramos el ruido, las sensaciones fuertes, la velocidad en la carretera y en las imágenes vertiginosas de los telefilms violentos y de la publicidad engañosa.

La lectura, claro, es otra cosa. A ella se llega por caminos bien distintos. Nos

exige tiempo, aislamiento, encuentro con uno mismo, diálogo con el libro, y —en estos tiempos que corren— el arriesgado ejercicio de pensar. Demasiado para este cuerpo nuestro, modelado por una escuela rutinaria y una televisión descerebrada.

### Palos de ciego

Y es que en este país, no parece estar demasiado claro qué es eso de la cultura, ni de qué manera elevar el nivel cultural de la gente. Por ello, se entrecruzan las iniciativas de los ministerios sin que exista una línea clara en política cultural. Así lo vemos los ciudadanos de a pie, que no somos capaces de encontrar coherencia en muchas de las actuaciones de los departamentos responsables. Muchas de las medidas parecen más bien iniciativas esporádicas y aisladas, proyectos siempre experimentales, puntuales y aislados, carentes de coordinación y de la necesaria continuidad, sin un referente común, ni un horizonte preciso.

Resulta difícil entender, por ejemplo, qué se persigue exactamente con determinadas campañas publicitarias para el fomento de la lectura, y dentro de qué plan están encuadradas. Porque, ¿acaso consiguió algún nuevo lector la campaña del mono con el libro sobre la cabeza? Y, sobre todo: después de la campaña, ¿qué?

Algo parecido sucede con las subvenciones a asociaciones y gremios profesionales del libro: editores, librerías, distribuidores; o con la concesión de los numerosos premios que anualmente el Estado otorga en el campo cultural y artístico. No vamos a detenernos ahora a analizar el oscuro componente político de los mismos o las acusaciones de amiguismo y apañío. Pero, en cualquier caso, los premiados ¿nos han deleitado con nuevas páginas memorables desde que les fue concedido el galardón?

Parece evidente que hay otras necesidades más importantes que la concesión de determinados premios y subvenciones, o la realización de campañas sin fuste. Que, mientras no existan libros al alcance de los niños —de todos los niños, y desde las edades más tempranas—,



ANA PEYRI

no tiene sentido la organización de actividades de relumbrón; llámense Exposiciones Universales, capitalidades europeas de la cultura, o de cualquier otra manera.

### Bibliotecas escolares y reforma: el desencuentro

En mi opinión, una de estas prioridades es el establecimiento de una red de bibliotecas públicas al servicio de todos los ciudadanos, y la creación de bibliotecas escolares en los centros educativos del país. La medida quizá no sea tan llamativa, ni tan rentable, en términos electorales como algunas de las actividades-escaparate comentadas anteriormente, pero sí mucho más eficaz a largo plazo, más justa y solidaria.

No sería excesivamente costoso. En muchos casos, las bases están puestas ya. Se necesita, eso sí, voluntad política para acabar con una situación ante la cual un Estado moderno no puede sino

sentir vergüenza. Basta observar la situación en que se encuentran un buen número de las bibliotecas escolares: los espacios en que están ubicadas, la cactería con que se renuevan sus fondos, la falta de medios y de personal, la incongruencia de sus horarios.

A estas alturas, no creo que sea necesario justificar la necesidad de bibliotecas en los centros docentes. Y, sin embargo, la comunidad escolar, que suele movilizarse cuando hay otro tipo de carencias, permanece indiferente cuando la biblioteca no reúne unas condiciones mínimas o, incluso, cuando se encuentra cerrada y relegada al papel de museo.

Es evidente que la utilización exclusiva del libro de texto como fuente de información y conocimiento es síntoma de una gran pobreza intelectual y de una miseria pedagógica. Así lo reconocen los diferentes textos en que se apoya la reforma educativa que, a duras penas, se trata de implantar. El modelo educativo de la misma apuesta, si nos atenemos a

los textos, por una escuela más crítica y pluralista; aconseja la consulta de fuentes diversas; y está más próxima del enseñar a los alumnos a aprender con autonomía, que de la adquisición memorística de conocimientos.

A pesar de ello, la biblioteca escolar no encuentra en los documentos de la reforma el relieve que merece. Así, en los programas educativos de la Educación Secundaria Obligatoria —referidos al área de Lengua Castellana y Literatura— sólo figura al final del documento, en el apartado dedicado a los criterios de evaluación. En él se señala que, al finalizar el ciclo, los alumnos deben ser capaces de «planificar y llevar a cabo la consulta de fuentes de información, mediante el manejo de índices, fichas, y otros sistemas de clasificación de fuentes, en el marco de trabajos sencillos de investigación». Para añadir, un poco más adelante, que «el alumno deberá conocer y manejar sistemas de clasificación de la biblioteca del centro u otras semejantes que sean de posible consulta». Son las únicas menciones.

Escasa atención sobre el papel y, lo

que aún es peor objetivos en muchos casos inalcanzables en la práctica, debido a la falta de personal responsable, escasez de medios y deficiente organización de las bibliotecas, como ya he comentado anteriormente.

Todos coincidimos, no obstante, en que éstas pueden y deben ser un elemento decisivo en favor de una práctica educativa distinta, que potencie la investigación y la pluralidad de fuentes informativas, fomente hábitos de trabajo intelectual y de respuesta a los intereses y actitudes de los diferentes alumnos de una enseñanza comprensiva, atenta a las características individuales de los alumnos, respetuosa con las diferencias e integradora.

Pero, además, en el mundo actual cada día es mayor y más compleja la información que nos llega a los ciudadanos. La escuela y el instituto no pueden permanecer ajenos a este hecho. Debemos enseñar a los niños y niñas a conocer, analizar y utilizar la gran cantidad de información que les rodea. En este contexto, una biblioteca escolar bien dotada y convenientemente organi-

zada cobra una importancia añadida; y su auténtico sentido lo alcanzará cuando seamos capaces de convertirla en un recurso fundamental e imprescindible en el centro escolar.

## Y sin embargo, algo se mueve

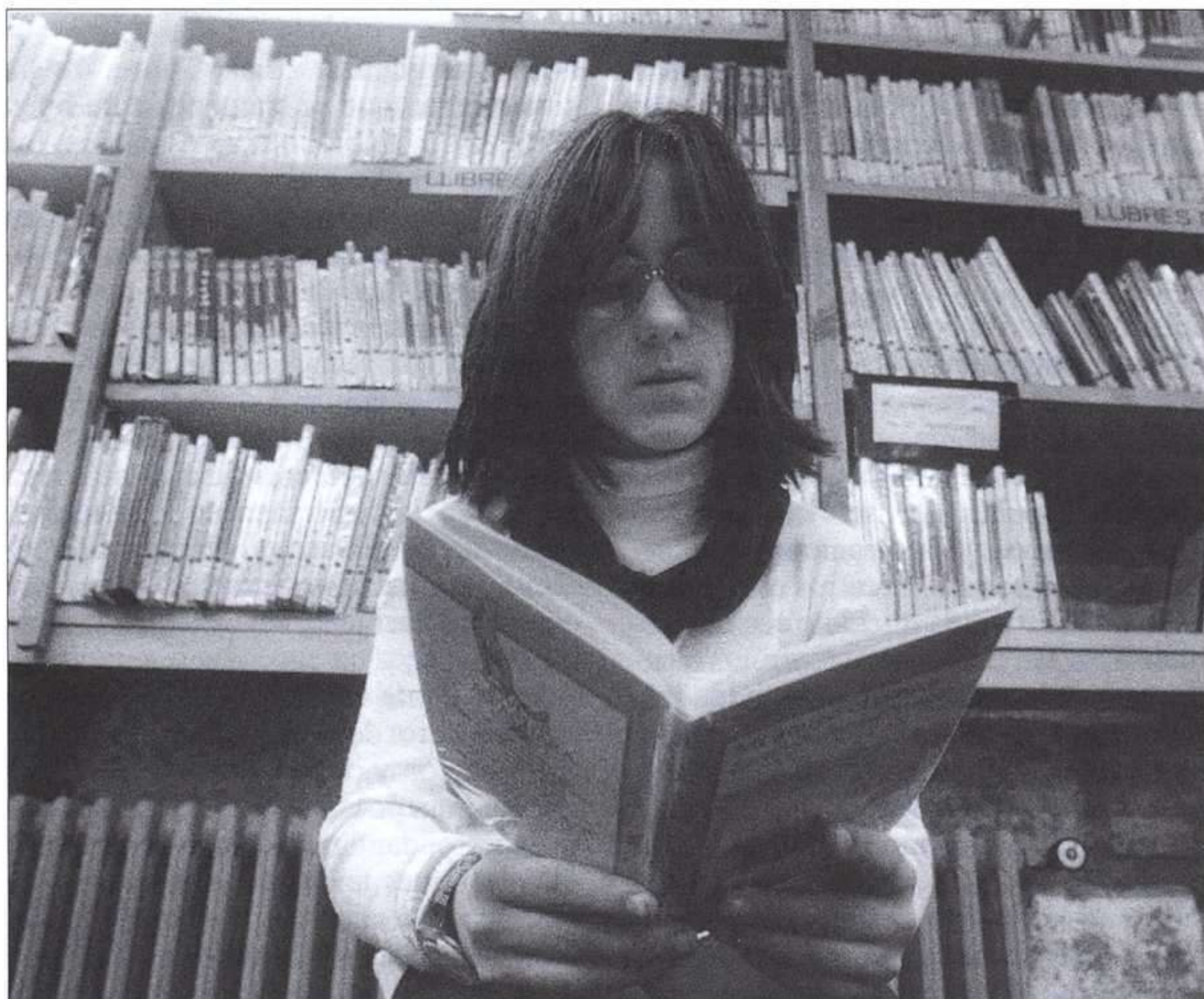
Según informan las revistas educativas, el Ministerio de Educación y el de Cultura han suscrito un convenio de colaboración con el que pretenden poner en marcha, durante el presente curso escolar, un programa para impulsar las bibliotecas escolares y fomentar la lectura entre niños y jóvenes.

Ante el panorama descrito anteriormente, cualquier iniciativa en este sentido debe ser saludada con optimismo y esperanza, pues nos es tan necesaria «como el aire que exigimos trece veces por minuto». Pero, también, recibida con espíritu crítico y exigente ante la acostumbrada grandilocuencia con que se nos quieren vender determinadas medidas políticas. «Prometedme lo justo y quedaos con el cambio», pedía Máximo desde la ventana de su viñeta diaria, pensando seguramente en la madrugadora campaña electoral que desde hace tiempo vivimos.

El acuerdo de colaboración antes citado fue suscrito en mayo de 1995; y el punto de partida del mismo lo constituye, al parecer, un documento marco titulado *La biblioteca escolar en el contexto de la reforma educativa*. Los centros escolares aún no lo han recibido.

Por otra parte, la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas tenía previsto celebrar, en febrero del 96, el I Encuentro Nacional sobre Bibliotecas Escolares, con la pretensión de que fuera «un amplio foro de comunicación e información sobre la situación de este tipo de bibliotecas en España». Difícilmente se puede debatir el modelo de biblioteca escolar que se desea fomentar si se desconoce dicho documento.

Más aún. Como preámbulo a todas estas actuaciones, ya el pasado mes de octubre, y en el marco de Liber 95, se celebró una mesa redonda para debatir sobre el mismo tema: la situación de las bibliotecas escolares. En ella intervinieron representantes de distintos sectores relacionados con el libro: altos cargos



ANA PEYRÍ.

de los ministerios de Cultura y Educación, la directora de una biblioteca pública, editores, librerías. Ni un solo profesor entre los participantes Sintomático. Y descorazonador.

Otra medida que está llevando a cabo el Ministerio de Cultura, como refuerzo a otras iniciativas del MEC, es la realización de un estudio sobre las bibliotecas escolares en nuestro país. Para ello ha subvencionado a las asociaciones profesionales ANABAD y FESABID, que están visitando los centros educativos y pasando un cuestionario. ¿Es realmente necesario este estudio? ¿Acaso desconoce el MEC los recursos con que cuenta? El Servicio de Inspección Técnica de las direcciones provinciales debe conocer los medios de que disponen los centros. Y si no es así, la encuesta no reúne dificultades especiales. ¿Para qué gastar, entonces, un dinero que podría ser destinado a las bibliotecas? No parecen unos comienzos demasiado afortunados.

De cualquier manera, si desean, como alguno de los documentos ministeriales afirma, que «la biblioteca escolar se convierta en piedra angular de colegios e institutos», no encontrarán resistencia alguna: eso es lo que debieran haber sido desde siempre. Adelante, pues. Pongan libros al alcance de niños y jóvenes ya; porque la escuela no puede olvidar el libro como objeto de disfrute, ni seguir esclava del libro de texto.

### Algunas medidas de urgencia

Para acabar con esta situación de marginalidad de las bibliotecas, habría que impulsar algunas medidas urgentemente. Son tan elementales que uno se pregunta cómo es que no son ya una realidad. En primer lugar, creación de bibliotecas dignas en todos los centros escolares, ubicadas en espacios que reúnan las condiciones necesarias para su función específica, y dotadas del mobiliario y equipamiento adecuado. Para ello, habría que renovar y enriquecer las dotaciones de libros existentes en este momento —obsoletas, en muchos casos—, e incluir una hemeroteca y una mediateca.

Paralelamente, hay que asegurar un



ANA PEYRI

horario adecuado de las mismas, evitando el auténtico despropósito de que las bibliotecas cierren sus puertas justo cuando los alumnos comienzan su tiempo libre. Además, la biblioteca debe disponer también de unos horarios que permitan su utilización por parte de clases completas, en grupos reducidos de alumnos, o de estudiantes, a título individual. Ahora que el MEC se propone abrir los centros escolares al entorno, podrían prestar, además, un gran servicio a toda la comunidad, especialmente en el medio rural, tan olvidado.

Como consecuencia de todo lo anterior, se deduce que deberán estar atendidas por personas con una formación específica, y dedicadas a esta actividad a tiempo completo. Su trabajo consistirá en catalogar y organizar los recursos; pero, también, en enseñar a los niños y niñas a usar correctamente los medios de que disponga la biblioteca, y en asesorar, orientar y ayudar a los profesores, facilitando su trabajo tanto en la biblioteca como en el aula. La figura del bibliotecario es inexcusable. Sólo así se puede asegurar el funcionamiento correcto de la misma.

En mi opinión, aunque admito que esta cuestión es discutible, el bibliotecario debiera ser un profesor. Y ello, por varias razones. La persona responsable debe ser un buen conocedor del niño, de

sus intereses y su psicología; y, al mismo tiempo, de las necesidades de los profesores del centro. En el marco de la biblioteca escolar, estos conocimientos le van a ser más útiles incluso que aquellos otros de organización, biblioteconómicos o informáticos.

La persona responsable debe ser, además, un animador de los fondos, más que conservador estricto y meticuloso de los mismos, aunque esta función sea también muy importante.

Un profesor con experiencia en el ejercicio de la profesión puede facilitar la necesaria integración de la labor específica de la biblioteca en las actividades de cada aula y en las generales del centro. Si, además, es un lector sensible y preocupado por conocer y estar bien informado sobre cuanto aparece en el mercado editorial, y capaz de compartir sus experiencias lectoras con los niños y niñas, mejor que mejor.

Tampoco se pueden desdeñar razones de índole económica. Es de sobra conocido que el descenso del número de alumnos en edad escolar y la consiguiente supresión de unidades está conduciendo a una drástica reducción en las plantillas de los centros. Algunos de estos profesores podrían quedar asignados a la biblioteca. No sería difícil, ni excesivamente costoso, llevar a cabo un plan de formación de los mismos para



ANA PEYRÍ.

cualificarlos profesionalmente: conocimientos específicos de tipo cultural, biblioteconómico, psicopedagógico y didáctico, de informática, conocimientos actualizados sobre la edición infantil y juvenil. Ya se han llevado a cabo en otras ocasiones programas para formar especialistas en Logopedia, Educación . Física, Artística, y otras áreas educativas.

El Ministerio de Cultura podría colaborar en el mismo, a través de un plan de apoyo y asesoramiento técnico por parte de las bibliotecas públicas a las escolares, con las que posteriormente podrían organizar iniciativas culturales conjuntas.

Parece necesario, también, que los centros dispongan de un presupuesto específico que les permita renovar y actualizar periódicamente los fondos. Así ha sucedido al menos durante algún tiempo con otras áreas de la enseñanza y los resultados están a la vista. Por último, se debería poner a disposición de los centros un programa informático, sencillo y asequible a la mayoría, que facilitase las tareas de registro, organi-

zación y control de los fondos. De esta forma, además, todas las bibliotecas escolares podrían estar en el futuro integradas en una red más amplia de documentación, objetivo que parece ser se plantea el proyecto ministerial.

Muchas de estas medidas —repito— no supondrían un gran coste económico; sino, fundamentalmente, una distribución más racional de los recursos tanto humanos como económicos de que disponen ambos ministerios.

### Aprender del pasado

Estamos en puertas de un nuevo periodo político, y no estaría de más que los partidos políticos prestasen mayor atención a la cultura.

«No basta construir escuelas para que se cumpla plenamente el desenvolvimiento cultural que España necesita. Urge divulgar y extender el libro. (...) Una biblioteca atendida, cuidada, puede ser un instrumento de cultura tan eficaz o más eficaz que la escuela. Y en los

medios rurales puede y debe contribuir a esta labor de acercar la ciudad al campo con objeto de alegrar, humanizar y civilizar el campo, evitando que se despeople en este anhelo angustioso de buscar en la ciudad todo lo que el campo no ha tenido hasta hoy.»

Ha pasado mucho tiempo desde que fueron escritas estas palabras. Lamentablemente, hoy siguen teniendo la misma vigencia. Están tomadas de un decreto, de agosto de 1931, cuyo objetivo era establecer bibliotecas en las escuelas nacionales. Parece que en aquella época, las palabras no se las llevaba el viento con la misma facilidad que en los tiempos actuales. Así lo confirman algunos datos: en el año 1932, se crearon, sólo en la región de Cantabria, 16 bibliotecas; en 1933, 62 más. Fueron 3.151 las bibliotecas creadas en todo el país durante ese bienio.

Pero no sólo es cuestión de cifras. Junto a la contundencia de éstas, llama también la atención la sensibilidad de las personas responsables —reflejada en los documentos oficiales— y su entrega, así como la claridad de sus ideas y la sencillez con que están expresadas. Tan sólo un detalle. Nos lo cuenta María Zambrano, y hace referencia a las Misiones Pedagógicas: «No olvidaré jamás aquella tarde en que leía a las maestras unas páginas de *El Quijote*. Leía y leía, y el silencio iba adueñándose del espacio, y más tarde de todas nosotras. Las maestras me preguntaron qué hacer para entusiasmar a los niños con los libros. Yo sólo supe decirles que leyesen ellas, las maestras, que se reunieran con los niños en la lectura; que juntas encontraran el primer aliento de las palabras, la música que en ellas se esconde, y leyéndola se despierta. Leer, seguir leyendo hasta que el ensueño se apodere de todos, niños y maestros.»

Mirar hacia atrás puede ser en ocasiones un buen ejercicio pedagógico. Nos gustaría encontrar personas con parecida sensibilidad y determinación, antes de que retrocedamos otra vez —como escribió Emilio Lledó— a «la edad oscura de la piedra». ■

\*José Luis Polanco es maestro y especialista en literatura infantil y juvenil.